

Durante la década de 1960, surgió vigorosamente en la escena internacional el concepto de «desarrollo». La segunda gran guerra mundial había terminado hacia ya más de una década: Japón y las naciones europeas afectadas por la guerra habían podido recuperar sus respectivas economías, con el apoyo de una combinación de esfuerzos nacionales y ayuda internacional, especialmente proveniente de los Estados Unidos y la Unión Soviética, interesados en estabilizar la situación social interna de los países ubicados en sus respectivas áreas de influencia. Un nuevo grupo de protagonistas había saltado a la escena internacional: los países del, a partir de aquella época, denominado «Tercer Mundo», según la expresión puesta en circulación por Worsley (1964), países que no formaban parte de las áreas de rápida industrialización y «modernización» integradas en las esferas de influencia norteamericana -el «Primer Mundo»- y soviética -el «Segundo Mundo». El rápido proceso de descolonización de los imperios coloniales de la posguerra le proporcionó mayor relevancia al Tercer Mundo, que llegó así a incluir a la mayoría de las naciones. En ese escenario, se hizo claramente evidente el brutal contraste que existía entre el grupo de naciones que habían gozado del beneficio de situaciones metropolitanas a veces seculares, gracias al cual habían podido acumular grandes masas de capital y destinarlo a la producción de bienes y servicios, y las demás naciones que, en su mayoría emergiendo de una situación colonial o semicolonial, estaban integradas por vastísimas poblaciones con niveles de ingreso y posibilidades de consumo sensiblemente inferiores a las poblaciones aquéllas.

Este contraste se expresó, en términos analíticos, a través de la constitución de dos categorías polares, «desarrollo» y «subdesarrollo», y de una categoría dinámica o procesual, la de «proceso de desarrollo», en-

tendido como el proceso a través del cual las naciones subdesarrolladas podrían, en un lapso variable de tiempo, salvar la brecha que las separaba de las desarrolladas, es decir, «desarrollarse». Uno de los fundamentos más importantes de esta construcción analítica fue la teoría del crecimiento económico de Rostow (1952) que postulaba, en un estilo francamente evolucionista, una serie de etapas que iban de la sociedad tradicional a la de alto consumo de masas.

No es este el lugar para discutir estas nociones, ni para plantear, aunque fuera sintéticamente, la vigorosa polémica que se desató a su alrededor desde fines de la década del '60 y que generó importantes desarrollos teóricos, como la «teoría de la dependencia» (Frank 1971, Amin 1974) que explicaron al subdesarrollo como un atraso relativo, explicando la existencia de sociedades subdesarrolladas -a las que denominaron «dependientes»- como el producto de una situación estructural a escala planetaria donde el subdesarrollo de unas naciones era el requisito para -y la consecuencia de- el desarrollo de las otras. Sin embargo, si bien los modelos teóricos del desarrollo mundial y el subdesarrollo causado por la dependencia cuestionaron la idea del subdesarrollo no pusieron generalmente en cuestión la deseabilidad de una universalización del estilo occidental de desarrollo. Sólo quiero resaltar el hecho de que, en general, para casi todas las corrientes que polemizaron en la década del '60 y principios de la del '70, la noción de desarrollo estaba directamente vinculada -cuando no se la reducía exclusivamente- al crecimiento en la oferta de bienes y servicios disponibles en cada sociedad nacional para cada habitante, habitualmente expresada como renta per cápita. Por detrás de esta noción cuantitativa acerca del problema del desarrollo, subyacía una concepción, generalmente poco explicitada, de un modo de vida ideal, basado en la creciente homoge-

* Este artículo presenta resultados teóricos y empíricos del PIDTA I, Proyecto de Antropología Aplicada a la Investigación y Desarrollo de Tecnología Apropriada, financiado con el PID/CONICET N° 3034700/85. Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el Seminario «Perspectivas de la Antropología del Desarrollo en América Latina», Comisión para Estudios del Desarrollo en América Latina, International Union of Anthropological and Ethnological Sciences (CEDAL/TUAES), Posadas, Argentina, 2 al 4 de junio de 1988.

** Investigador Adjunto, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), Argentina. Profesor Titular, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy, Otero 262, 4600 San Salvador de Jujuy, Argentina.

reización de la oferta de bienes y servicios que era impuesta por un sistema mundial cada vez mejor estructurado, un sistema que es a la vez político, económico e ideológico. Pero hacia principios de la década del '70, la idea de que todas las sociedades humanas podían, y de alguna manera debían, llegar a un modo de vida homogéneo, semejante al de las áreas más industrializadas del planeta, empezó a porcoso seriamente en cuestión. Comenzó así el debate acerca de los modelos y estilos de desarrollo (Attali et al 1979, Castoriadis 1979).

Antes de continuar, parece pertinente distinguir entre dos conceptos a veces presentados como equivalentes: el de «estilo» y el de «modelo». En general, puede aceptarse que el concepto de estilo de desarrollo se refiere a las pautas que adopta un sistema sociocultural determinado en un momento de su historia, mientras que un modelo de desarrollo es una construcción teórico-ideológica, también establecida en un momento histórico particular, que se propone como la orientación que ese sistema sociocultural debe seguir en adelante. Por otra parte, el estilo de desarrollo de una sociedad determinada, o de un conjunto de sociedades, puede ser propuesto a su vez como el modelo para el desarrollo de otras: ésta es precisamente la situación del estilo de desarrollo actualmente dominante con respecto al conjunto de las sociedades, al menos hasta hace algunos años atrás.

La discusión acerca de estilos y modelos de desarrollo se ha planteado generalmente en un plano de amplia abstracción teórica, pero ha habido escasa discusión acerca del contraste entre distintos estilos, así como de las consecuencias de la aplicación de distintos modelos en el terreno de la práctica social concreta. De hecho, como veremos, existen distintos estilos de desarrollo coexistiendo en el mundo contemporáneo e, incluso, en el interior de cada sociedad nacional; por otra parte, no sólo distintos modelos de desarrollo están siendo aplicados en el mundo y muchas veces en cada sociedad nacional, sino que incluso en sociedades regionales y locales específicas se hace sentir el efecto de la aplicación de distintos modelos de desarrollo. Parece entonces deseable y posible, para avanzar hacia una confrontación más objetiva de las virtudes y defectos de los distintos estilos y modelos, contrastarlos con la evidencia empírica disponible. Gran parte de dicha evidencia, en lo que se refiere a la acción de modelos y estilos de desarrollo en situaciones socioculturales concretas, ha venido siendo aportada, y lo seguirá siendo, por la Antropología Social y por otras ciencias sociales que aplican la perspectiva teórico-metodológica de aquélla. En el presente artículo, utilizaré los resultados obtenidos por el PIDTA I, Proyecto de Antropología Aplicada a la Investigación y Desarrollo de Tecnología Apropia, que se lleva ade-

lante en una zona de los andes Centrales argentinos (Rabey 1990), para confrontarlos con los estilos de desarrollo existentes y los modelos actuales en la región. Para ello, previamente intentaré analizar sintéticamente los principales tipos de estilos y modelos actualmente operantes en el mundo, especialmente en términos del papel que juega o puede jugar en ellos la antropología social.

LOS TIPOS DE ESTILOS Y MODELOS DE DESARROLLO Y LA ANTROPOLOGÍA SOCIAL

Como he señalado más arriba, entre fines de los '60 y principios de los '70, se produjo una importante ruptura en las concepciones acerca del desarrollo. Para los fines del presente artículo, resulta importante distinguir algunas de las principales vertientes que adoptó dicha ruptura, puesto que ello permitirá distinguir con mayor claridad los tipos principales de modelos de desarrollo que quedarían establecidos a partir de allí. Hay cierto consenso en que en ese momento se produjo una crisis, o un conjunto articulado de crisis, en el sistema mundial. Interesa señalar aquí tres crisis, o tres aspectos de la crisis mundial: crisis ideológica, crisis ecológica y crisis en las relaciones con el Tercer Mundo. Nuevamente, como en el caso de la discusión teórica acerca del problema del desarrollo, no es posible plantear aquí ni siquiera un resumen sobre los distintos aspectos y perspectivas referentes a la crisis mundial; solamente se referiré a aquéllos que parecen pertinentes al tema de este trabajo.

Con respecto a la crisis ideológica que se instaló en los países más industrializados, una crisis que también podría definirse como cultural, en sentido antropológico, el final de la década del '60 exhibió una serie de estallidos, en general protagonizados por los segmentos jóvenes, principalmente universitarios, pero a veces extendidos a las capas obreras, así como a segmentos socioculturalmente diferenciados de la población. Entre los acontecimientos más significativos puede mencionarse a las movilizaciones contra la guerra de Vietnam, la lucha de las organizaciones negras por los derechos civiles, los movimientos de organizaciones feministas y de homosexuales y la eclosión del hippismo, todos en los Estados Unidos, el «mayo» en París de Francia, la «primavera de Praga» en Checoslovaquia, la rebelión estudiantil en México y el un poco más tarde movimiento «Solidaridad» en Polonia, para citar sólo algunos de los más conocidos. Todos estos movimientos tuvieron como rasgos en común un rechazo a las pautas socioculturales dominantes tanto en el Primero como en el Segundo Mundos, y de allí la denominación que muchas veces se les aplica de «contraculturales» (Roszak 1970): un rechazo a un sistema de poder rigidamente piramidado, a la estra-

tificación económica, así como al lucro y el consumismo, y a la homogenización ideológica. Si bien ninguno de ellos alcanzó sus objetivos máximos, y en muchos casos fueron objeto de una represión abierta y a veces sangrienta, pusieron en evidencia claramente la insatisfacción de vastos sectores de las sociedades «desarrolladas» ante el estilo y el modelo de desarrollo dominantes; a partir de entonces comenzó a ser difícil asumir y defender las posiciones más rigidamente desarrollistas que habían caracterizado a la década anterior, como la de Kahn y Wiener (1967), así como la confianza en las posibilidades que tenían aquellas posiciones de consolidarse en forma definitiva.

La segunda crisis que quiero destacar aquí es la crisis ecológica. Uno de los aspectos más salientes del estilo dominante de desarrollo, derivado del énfasis que otorga al crecimiento constante en la producción y el consumo, es la presión también creciente que ejerce sobre los sistemas naturales, a través de la demanda de recursos naturales y la generación de desechos, con su consiguiente efecto desestructurador y de disminución de la estabilidad. Estos fenómenos fueron descritos tempranamente por Carson (1960) y otros, pero se convirtieron en un tema de interés público a partir de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente llevada a cabo en Estocolmo durante 1972, y de los informes al Club de Roma (Meadows et al 1972, Mesanovic y Pestel 1974), que desencadenaron una creciente preocupación de organismos nacionales e internacionales acerca de los efectos nocivos que el estilo dominante de desarrollo ejerce sobre los sistemas ecológicos naturales y, consiguientemente, sobre las posibilidades de supervivencia de las actuales sociedades humanas y de la humanidad en general. Una serie de programas internacionales, entre los que se destacan el PNUMA, Programa de las Naciones Unidas sobre el medio ambiente, y el MAB, Man and the Biosphere Programme de la UNESCO, empezaron a llamar la atención sobre la necesidad de conocer más detalladamente los aspectos estructurales, funcionales y dinámicos de los ecosistemas, incluyendo la actividad humana en ellos, así como de generar estrategias socioculturales viables. En relación con esta tendencia surgieron movimientos ecopolíticos, como los «partidos verdes» que, vinculados también a la crisis ideológica descrita arriba, tuvieron un importante auge en diversos países del occidente industrializado, al punto tal que, en la actualidad, en varios países europeos su caudal electoral oscila alrededor del cinco por ciento.

La tercera de las crisis de nuestra lista es la crisis de las relaciones del Tercer Mundo con los dos primeros: el a veces denominado «conflicto Norte-Sur». Gran parte de la historia de las relaciones entre las naciones coloniales y semicoloniales con sus metrópolis

ha estado simbolizada por la lucha por la «independencia», vale decir, por el intento de colocarse en un plano de igualdad con aquellas; este proyecto de igualdad implicaba también muchas veces un intento de imitar su estilo de desarrollo «convirtiéndolo entonces en modelo» y, consiguientemente, de incorporar plenamente sus instituciones políticas, económicas e ideológicas y, más recientemente, sus patrones y standards de consumo. Esta tendencia, uno de cuyos ejemplos más notorios fue el de México y su política indigenista, es decir, el intento de integración planificada de las poblaciones indígenas a los patrones organizacionales modernos (Canés 1966, Bonfil Batalla 1970), se aceleró después de la Segunda Guerra mundial y alcanzó su clímax hacia finales del proceso de descolonización. Pero ya en ese momento el ideal independentista mostró sus imposibilidades prácticas: ni el sistema mundial estaba en condiciones de integrar a todas las naciones como iguales, algo que fue señalado por la ya mencionada «teoría de la dependencia», ni las propias poblaciones de los países recientemente descolonizados deseaban hacerlo, algo que fue rápidamente puesto en evidencia por la emergencia de movimientos políticos nacionalistas que reclamaban vías propias para la construcción de sus sociedades nacionales y que muchas veces constituyen verdaderos movimientos etnopolíticos. Numerosos casos, entre los cuales se puede mencionar a China, Irán, varios países del África negra y Perú, ejemplifican la relativa universalidad de este patrón entre naciones que se habían constituido y habían penetrado en la modernidad luego de una larguísima historia paralela y, recientemente, marginal, a la de la civilización occidental.

De este conjunto de tres crisis mundiales, ha emergido los tres tipos de modelos de desarrollo que se han confrontado con el modelo y estilo dominantes: los modelos alternativos de desarrollo, los modelos ecodesarrollistas y los modelos etnodesarrollistas. Permítanme ahora proponer un breve contraste analítico entre los cuatro. El modelo y estilo dominante de desarrollo presenta tres rasgos principales: a) un alto grado de homogeneidad cultural interna dentro de las naciones desarrolladas fundado en el vigoroso control ejercido por una tecnoburocracia que, a través de diversos mecanismos de coerción, intenta impedir la consolidación de diferencias subculturales; b) una actitud «de frontera» ante los sistemas naturales, percibidos como externos a los sistemas socioculturales, como fuente de recursos siempre disponibles y receptáculo de desechos de la actividad humana; c) una dominación incontestable sobre las naciones subdesarrolladas, que permite extraer de ellas recursos financieros, recursos naturales y mano de obra barata y, eventualmente, convertirlas en depósito de desechos

del proceso de producción, así como de tecnologías ya obsoletas en los países más desarrollados. Cada uno de los otros tres tipos de modelos de desarrollo puede ser descrito básicamente por oposición a uno de esos tres rasgos. En los modelos alternativos, se hace hincapié en el derecho de las subculturas a expresar sus diferencias; pero no siempre es un tema importante la relación con la naturaleza y, mucho menos, las desigualdades entre naciones y grupos de naciones. En los modelos ecodesarrollistas, se pone énfasis en una relación más armónica entre sociedad y naturaleza, que permita conciliar las necesidades de desarrollo con las de conservación y garantizar la supervivencia humana; pero los problemas de diversidad y desigualdad entre sistemas socioculturales no ocupan el foco de su atención. Finalmente, en los modelos etnodesarrollistas, el foco está puesto en el derecho de cada sociedad a autodeterminarse, un derecho que es llevado al nivel de sus grupos étnicos componentes, en el caso de las naciones pluriculturas; si bien su consecuencia lógica sería una situación donde el modelo dominante no podría funcionar por la imposibilidad de controlar los recursos naturales, humanos y financieros del tercer Mundo, no pone habitualmente en cuestión ni el problema de las formas institucionales que podrían garantizar semejante autonomía, ni el de las relaciones con la naturaleza que garantizarían la supervivencia de cada sistema sociocultural.

En la discusión precedente, he exagerado espresivo los rasgos que diferencian a los cuatro tipos de modelos, algo que, por otra parte, también practican a veces sus defensores y detractores, especialmente los del primero con respecto a los otros tres y los de éstos frente a aquél. Una discusión más profunda requeriría plantear, además, las articulaciones entre los cuatro tipos de modelos, así como la diversidad de situaciones intermedias y combinatorias posibles. Pero por ahora el análisis anterior será suficiente para discutir el papel de la antropología social en la aplicación y consolidación de las distintas alternativas de desarrollo que he denominado estilos y modelos dominantes, alternativos, ecodesarrollistas y etnodesarrollistas.

Creo que la antropología sociocultural ha jugado un papel, tanto en la construcción teórica que ha servido de basamento a los cuatro estilos-modelos, como en el desarrollo de técnicas específicas que ayudaron y ayudan a aplicarlos. Con respecto al modelo dominante de desarrollo, el papel de la antropología es fácilmente reconocible a través de los aportes de las principales escuelas clásicas. Así, en el plano teórico, los planteos evolucionistas aparecen claramente en las etapas de crecimiento económico propuestas por Rowth y otros autores, así como en la afirmación de la superioridad del modelo; la perspectiva difusionista ha fundamentado la posibilidad de expansión mundial del

modelo dominante de desarrollo; mientras que las posturas estructural-funcionalistas han operado mostrando el carácter estable tanto de las sociedades tradicionales como de las modernas, diferenciando a éstas de aquéllas por su mayor dinamismo y tendencia al perfeccionamiento y legitimando de esta manera su papel de polos dinámicos en la transición del subdesarrollo al desarrollo. Es obvio que el papel teórico de la antropología ha sido simultáneamente ideológico, un tema que puede encontrarse también en el papel jugado con respecto a los otros tres modelos de desarrollo. En el plano de la aplicación práctica, ya ha sido abundantemente discutido el papel jugado por la antropología en la consolidación del orden colonial, aunque quizás se haya exagerado un poco la magnitud del mismo; más interesante es, quizás, el que ha jugado en los tiempos más recientes, donde la antropología aplicada más convencional, como está expresada en Erasmus (1961) y Foster (1962) entre otros, ha elaborado propuestas teórico-prácticas que han sido efectivamente aplicadas en toda clase de planes de desarrollo, desde el nivel local al supranacional, y en diversos lugares del mundo, con el objetivo explícito de «modernizar» a las «sociedades tradicionales».

En los otros tres modelos, el papel de la antropología sociocultural ha sido hasta ahora menos discutido, por lo cual mi análisis es en estos casos más preliminar. Veamos en primer lugar el caso del ecodesarrollismo. Una vertiente importante en los estudios antropológicos contemporáneos, tanto teóricos como empíricos, es la de la antropología ecológica. Esta ha puesto en evidencia dos aspectos de interés: en primer lugar, la diversidad de estructuras de relación entre sistemas socioculturales y sistemas naturales, una diversidad que si bien es especialmente notable cuando se trata de ecosistemas naturales diferentes, también aparece en las relaciones de diferentes sistemas socioculturales con ecosistemas semejantes; en segundo lugar, la racionalidad de gran parte de dichas estructuras, tanto en términos de conservar -y a veces incrementar- la estabilidad de los ecosistemas, como de garantizar la supervivencia de las poblaciones y sistemas socioculturales involucrados, una racionalidad cuyo descubrimiento ha contribuido grandemente a la construcción de los conceptos de sistema y estrategia adaptativa. A causa de estos avances, la antropología comienza a ser reconocida como un campo de fundamental importancia para la construcción de modelos ecodesarrollistas. Por ejemplo, Sachs (1974, 1977), quien posiblemente es el autor que más ha contribuido a la difusión y aplicación del modelo a partir de su participación en el PNUMA, ha señalado la viabilidad y necesidad de recuperar las tecnologías indígenas de manejo de los recursos naturales, combinándolas con tecnologías más modernas; más recientemente, el MAB

(UNESCO 1987), ha enfatizado, en su plan de acción a mediano plazo para el quinquenio 1990-1995, el interés que reviste el estudio y la recuperación de los patrones indígenas y tradicionales de gestión de los recursos naturales, como parte de las estructuras que contribuyen a la estabilidad de los ecosistemas y como un elemento importante en el diseño de acciones experimentales que, como las reservas de biosfera, tienden a su conservación, recuperación y manejo sostenido (Batisse 1986).

El papel de la antropología social en la elaboración y aplicación de modelos etnodesarrollistas parece también claro. En primer lugar, es notoria la vinculación de algunos antropólogos con los emergentes movimientos indianistas, que reclaman una mayor participación de los grupos indígenas en la vida política, económica e ideológica de sus respectivas naciones; más aún, estos movimientos reclaman en la mayoría de los casos el derecho de los pueblos indígenas a autodeterminarse, incluyendo la posibilidad de establecer sus propias estrategias y caminos de desarrollo (Bartolomé y Robinson 1971). En América Latina, la integración de antropólogos sociales a estas posturas es notoria al menos desde la «Declaración de Barbados». La pertinencia de la participación de antropólogos en la elaboración y aplicación de modelos etnodesarrollistas ha sido defendida, entre otros, por Lomnitz (1983); por otra parte, un porcentaje importante de la producción sociocultural reciente ha estado teñida de esta perspectiva, que reconoce sus antecedentes en escuelas teóricas más convencionales, como el relativismo cultural y el neoevolucionismo. El derecho a la autodeterminación por parte de los grupos étnicos es a veces extendido a sistemas socioculturales no definidos como aborígenes, tales como campesinos, pobres urbanos y otros grupos socioculturalmente diferenciados; a esta perspectiva ha contribuido la elaboración reciente de conceptos tales como el de «estrategia adaptativa» que, como veremos luego, ponen en evidencia la existencia de verdaderos modelos populares de desarrollo, de los cuales los etnomodelos serían un caso particular.

El lugar de la antropología social en los modelos alternativos de desarrollo es menos evidente. Si embargo, debe destacarse que la difusión de los conocimientos generados por la antropología acerca de la diversidad de sistemas socioculturales ha previsto muchas veces de argumentos a los contestatarios culturales. Por otra parte, ya hacia fines de la década del '40 y principios de la del '50, los enfoques de la escuela de cultura y personalidad, especialmente a través de los escritos de Margaret Mead (1948), contribuyeron a generar un importante debate, especialmente en los Estados Unidos, que puso en cuestión la superioridad del consumo de pautas

características de la sociedad industrial moderna, especialmente aquellas referidas a las relaciones interpersonales en general y, en particular, las relaciones entre ambos sexos y entre adultos y jóvenes: por ejemplo, los puntos de vista expuestos por Mead afectaron notablemente las ideas dominantes acerca de la educación (Kessler 1965). En otro campo, los estudios llevados a cabo por sociólogos con metodología etnográfica acerca de la situación social de ciertos grupos diferenciados, contribuyó a la propuesta y puesta en práctica de modelos alternativos, como lo ejemplifica la influencia que tuvieron los escritos de Goffman (1961) acerca de la reclusión asilar de los enfermos mentales, sobre propuestas atipisquidricas como las de Basaglia (1968, 1977). Sin embargo, debe destacarse que en el campo teórico más general de los modelos de desarrollo alternativos, la antropología social prácticamente no ha jugado ningún papel, como lo pone en evidencia la casi nula atención que se le ha prestado a su potencial colaboración en la formulación de propuestas de tecnología alternativa (Merlino y Rabey 1981).

UNA CONTRASTACION DE MODELOS EN LOS ANDES CENTRALES ARGENTINOS

En esta sección y en la siguiente, intentaré contrastar los cuatro tipos de estilos y modelos de desarrollo y la sinuación de la antropología ante ellos, con los problemas planteados por un proyecto de antropología aplicada, el PIDTA I, Proyecto de Antropología Aplicada a la Investigación y Desarrollo de Tecnología Apropada. El PIDTA se ejecutó entre 1984 y 1989 en algunas áreas de la porción jujueña de los Andes centrales, una de las pocas zonas de la Argentina donde se registra la presencia de una importante población aborígen, en este caso campesinizada y muy integrada a la sociedad compleja contemporánea (Rabey et al 1986). El proyecto, cuyas bases teóricas y metodológicas han sido presentadas en trabajos anteriores (Merlino y Rabey 1981, Rabey y González 1985), tuvo como actores principales a un grupo interdisciplinario con foco en la antropología social pero que incluyó también especialistas en arquitectura y en recursos naturales, a una comunidad andina y a varios de sus unidades domésticas, que desarrollaron conjuntamente investigación participativa en el terreno. Una característica del PIDTA I, que lo diferenció de otros proyectos donde antropólogos sociales forman parte de equipos de investigación aplicada en el terreno, es que tuvo como objetivo fundamental la generación de resultados teóricos acerca de las relaciones entre sistemas socioculturales locales e instituciones dominantes de la sociedad mayor, algunos de los cuales ya han sido objeto de trabajos anteriores (Rabey 1987, 1988,

1989 b). El proyecto utiliza como metodología básica un enfoque experimental, en el cual se diseñan y ejecutan experimentos participativos de generación de tecnología apropiada a través de la combinación de tecnología tradicional y occidental para contrastar hipótesis sociantropológicas.

Las actividades del proyecto han incluido principalmente el diseño de cubiertas mejoradas para techos de viviendas rurales, un campo donde se han obtenido hasta ahora los mejores resultados tecnológicos (Rotondaro y Rabey 1985, 1986 a, b, c). Además, se ha trabajado en el diseño de prototipos de sistemas de riego, cocinas a leña, sistemas de producción de semillas y reproductores animales, cooperativas y talleres de comunicación local que utilizan equipos domésticos de computación y video (Rabey 1990).

La hipótesis principal del proyecto planteaba que la presencia en un ámbito local de un grupo de investigación y desarrollo, trabajando en la generación de tecnología apropiada, a partir de la recuperación y mejoramiento de prácticas y conocimientos tecnológicos tradicionales, produciría una afirmación de la identidad sociocultural de la comunidad, en ese entonces fuertemente deteriorada. En general, por los resultados obtenidos hasta ahora, la hipótesis se ha mostrado consistente, con respecto a los tres criterios utilizados para contrastarla: a) la recuperación de prácticas tradicionales de reciprocidad, como la minga, que han sustituido parcialmente en los experimentos al uso de mano de obra paga; b) el fortalecimiento de las instituciones comunitarias locales, expresado en una afirmación del papel del Centro Vecinal y en la organización de una Cooperativa autogestionaria; c) el incremento del nivel de autonomía política, expresado en un debilitamiento de los lazos de clientelismo.

Pero, además de los resultados del PIDTA en el terreno del desarrollo tecnológico y en el de la contrastación de la hipótesis sociantropológica básica formulada originariamente, han aparecido algunos resultados no previstos. Estos resultados consisten en la obtención de datos referentes a procesos relativamente autónomos de creatividad tecnológica entre los campesinos de la región. Dichos procesos incluyen especialmente innovaciones locales y regionales en las técnicas de construcción, transferencia de semillas mejoradas de maíz y de la cría de alpacas a través de circuitos étnicos, sistemas populares de comunicación, manejo del turismo y de la comercialización artesanal (Rabey 1987, 1989 b), expansión de la técnica de agricultura en terrazas (Tecchi et al ep) y transformaciones en la ganadería de llamas (García Fernández et al ep). Un aspecto importante para los problemas planteados en el presente trabajo, es que la creatividad tecnológica andina utiliza no sólo elementos provenientes

de su tradición previa, tales como semillas de maíz, alpacas, cultivo en terrazas, organización comunitaria, materiales y técnicas constructivas y tecnología textil artesanal, sino que incorpora selectivamente elementos originados en las instituciones dominantes de la sociedad mayor, tales como turismo, comercialización en el mercado, medios de comunicación y materiales industriales de construcción.

Estos resultados han sido interpretados en un trabajo anterior (Rabey 1988 y 1989 a), planteando que en el análisis del concepto de «estrategia adaptativa», ya corriente en la literatura antropológica, debe incluirse la noción de «complejo tecnológico»: todos los sistemas socioculturales, especialmente aquellos con fuerte identidad étnica, incluyen en el núcleo de su estrategia adaptativa un conjunto de conocimientos y prácticas tecnológicas que les permiten adaptarse a su ambiente, un ambiente que, partiendo de definiciones como las propuestas por Gallopín (1981), incluye componentes naturales y socioculturales, y donde los componentes socioculturales del ambiente están constituidos por otros sistemas locales y por las instituciones dominantes de la sociedad mayor. La adaptación al ambiente puede ser conceptualizada como un proceso interactivo y dinámico, donde las interacciones con otros sistemas sociales, especialmente las instituciones dominantes, exhiben una alternancia entre el conflicto y la negociación.

Desde esta perspectiva, la creatividad tecnológica del campesinado andino permite poner en evidencia algunos problemas teóricos hasta ahora poco o mal visualizados por la antropología social y, en consecuencia, por su uso en la discusión acerca de estilos y modelos de desarrollo. En primer lugar, como he señalado en otro lugar (Rabey 1987), no existe una diferencia básica entre tecnología «occidental» y tecnología «tradicional», en términos de una supuesta dinámica creativa de aquella confrontada con la inmutabilidad de ésta: probablemente, toda tecnología tradicional sea creativa y cambiante en respuesta a los también cambiantes estímulos del ambiente. En segundo lugar, debemos modificar los conceptos de identidad y tradición cultural, si es que queremos concebir su utilidad, en una dirección que incorpore la dinámica de los procesos socioculturales, incluyendo sus conflictos. En tercer lugar, las interacciones de las sociedades locales y las instituciones dominantes deben dejar de ser vistas desde la perspectiva teñida de evolucionismo-difusionismo-funcionalismo, donde aquellas sólo pueden ser transformadas por la acción y en la dirección de aquellas «o desaparecer»: las estrategias adaptativas y sus complejos tecnológicos parecen poseer la capacidad para incorporar en forma creativa componentes provenientes de las instituciones dominantes.

Los resultados del PIDTA indican que, independen-

dientemente de la línea de Investigación y Desarrollo (ID) que aquí expresa, los campesinos andinos poseen sus propias líneas de ID, quizás no expresadas tan formalmente como las generadas desde el sistema institucional de ciencia y tecnología, pero que son tan operantes como aquellas y quizás más eficientes. Más aún, esa «línea andina» de ID incluye la práctica de incorporar a su propia dinámica las innovaciones que le ofrece el sistema científico-tecnológico, tales como suelocemento, computadoras o video doméstico, como parte de su estrategia más general de utilizar elementos provenientes del conjunto de las instituciones dominantes de la sociedad mayor. Dicho en otras palabras, la estrategia adaptativa andina, y quizás otras estrategias populares, puede ser considerada como un estilo de desarrollo, en este caso basado émicamente, y capaz de incorporar selectivamente componentes de otros estilos y modelos.

LA «LINEA ANDINA» DE ID ANTE LOS MODELOS Y ESTILOS DE DESARROLLO

Retornemos ahora a nuestros cuatro modelos, viéndolos desde la perspectiva andina. Si consideramos el modelo dominante, éste no parece ahora tan dominante; o, por lo menos, no parece exclusivamente dominante. Conviene recordar aquí que éste no sólo es un modelo sino un estilo, generado por la red de instituciones que se han consolidado durante los últimos siglos como el núcleo estructural de una civilización planetaria, un estilo que, siguiendo el análisis de Galtung (1983), reconoce tres subestilos: el del Primer Mundo, controlado por las grandes corporaciones empresariales; el del Segundo Mundo, controlado por el Estado; y el del Cuarto Mundo, formado por Japón y su área de influencia, y controlado por una combinación «dura» de corporaciones y Estado; en los países socialdemócratas del norte de Europa, el estilo, siempre siguiendo a Galtung, se caracteriza por una combinación «suave» de corporaciones y Estado. Esta distinción puede adquirir importancia, sobre todo cuando la discusión del papel de la antropología en la evaluación de estilos y en la formulación de modelos de desarrollo avance hacia la comparación entre sociedades ubicadas en distintas áreas de influencia, o en áreas donde aquéllas «Mundos» compiten. Pero, para los fines de este trabajo, parece más importante la caracterización que hace Galtung acerca de los estilos de desarrollo en el Tercer Mundo. Según ese autor, un rasgo central de los estilos de desarrollo en el Tercer Mundo es el poder que tienen las comunidades, aldeas y familias sobre las decisiones productivas, así como la importancia de su identidad cultural a la hora de la toma de decisiones, llegando a plantear que dicho estilo parece expresado en algunas de las

ideologías más importantes surgidas en el Tercer Mundo, como el gandhismo y el marxismo.

Cotejando este planteo con la situación en los Andes Centrales, podemos constatar la coexistencia de dos estilos de desarrollo: los del Primer y el Tercer Mundo, según el análisis de Galtung, o los estilos dominantes y etnodesarrollista, según la terminología propuesta en este trabajo. Pueden formularse a esto dos comentarios. En primer lugar, el etnodesarrollo no es entonces sólo un modelo, a formularse y aplicarse como alternativa al dominante, sino un estilo efectivamente practicado en la actualidad por las poblaciones andinas. En segundo lugar, no parece adecuado plantar al etnodesarrollo, o desarrollo al estilo Tercer Mundo, como un estilo y modelo único, sino que cabría sugerir la existencia de tantos estilos de etnodesarrollo como tradiciones socioculturales se pueda describir. Además, el etnodesarrollo está articulado con el estilo dominante, de la misma manera que lo están las tecnologías tradicionales con la tecnología occidental. En esta articulación, cada uno de los dos tipos de estilos intenta integrar -y probablemente tienen un éxito parcial en ello- al otro: los estilos dominantes intentan integrar a los estilos locales, a través de mecanismos tales como la producción de artesanías, la constitución de un ejército laboral de reserva y el uso turístico de las culturas populares; los etnodesarrollistas intentan integrar el estilo dominante a través de mecanismos tales como la diversificación de fuentes de ingreso y la incorporación selectiva de rasgos y procesos técnicos. La articulación entre el estilo dominante de desarrollo y los etnodesarrollistas puede ser concebida, entonces, como básicamente conflictiva, aunque con numerosas instancias de negociación.

Una importante consecuencia de este análisis es que el etnodesarrollo no es un «nuevo» tipo de estilo de desarrollo, o un modelo para implementar, sino que más bien constituye el tipo más viejo, preexistente al estilo dominante, y cuya existencia ha sido ocultada por la forma en que el concepto de desarrollo fue construido para describir al producido y sostenido por las instituciones dominantes de la civilización contemporánea, una descripción que puede ser única como en las versiones más convencionales, o desplegada en tres o más subestilos, como en el caso de Galtung. Lo que sí constituye una novedad es el conflicto creciente que se produce entre ambos tipos de estilos, a medida que, por un lado, se consolida el orden mundial, y que simultáneamente crecen las respuestas populares, émicamente basadas o no, al estilo dominante.

Si consideramos ahora los modelos alternativos de desarrollo, es visible que están actuando en los Andes Centrales: de hecho, el propio PIDTA expresa la puesta en práctica de este tipo de modelo, como también lo hacen acciones de otros grupos e institucio-

nes, tales como grupos religiosos de desarrollo y proyectos de energías no convencionales que actualmente operan en la misma área. En otros países andinos, especialmente Bolivia, el *alternativismo* se ha desplegado en una multitud de instituciones y proyectos. En general, la actitud del campesinado andino ante las propuestas desarrollistas, tanto convencionales como alternativas, suele ser semejante, y se adscribe a un patrón análogo al descripto para otras áreas, como la de los mayas del sur de México (Konrad 1980): toda propuesta que proviene de las instituciones dominantes es recibida con desconfianza, a la espera de los resultados; y estos resultados son evaluados en términos de las posibilidades que tienen de ser incorporados al manejo local. En otras palabras, y usando la terminología de los campesinos, «hay que probar» las propuestas. Si las innovaciones que se pretende introducir pueden ser manejadas por el grupo local, son incorporadas y reprocessadas; si no pueden ser manejadas, se las recibe con indiferencia y se acepta su presencia, pero sin incorporarlas al proceso de desarrollo del lugar. Es importante destacar que, desde este punto de vista, el modelo dominante y los modelos alternativos no se articulan muy diferencialmente con los modelos etnodesarrollistas. Sin embargo, se puede destacar dos diferencias. En primer lugar, la oferta de los modelos alternativos es mucho más diversificada que la del modelo dominante, con lo cual el etnodesarrollo tiene acceso a una mayor variedad de opciones de las cuales seleccionar elementos a incorporar; recordemos que las estrategias adaptativas populares, tanto campesinas como urbanas, suelen ser caracterizadas como estrategias de múltiples opciones y minimización de riesgos ante los cambios ambientales (Bantolomé 1985); en ese sentido, los modelos alternativos ofrecen una ventaja evidente como fuente de nuevas opciones. En segundo lugar, los modelos alternativos suelen ser ofrecidos por una multiplicidad de instituciones que, si bien están articuladas, suelen presentar distintos niveles de conflictos entre sí, al estar insertas en estructuras políticas e ideológicas, tales como partidos -a veces internacionales, como la socialdemocracia y la democracia cristiana- y cultos religiosos que suelen competir por la clientela popular; los estilos etnodesarrollistas parecen aprovecharse de estas diferencias y conflictos interinstitucionales, a las que muchas veces estimulan, con el probable objetivo de sacar ventajas de la competencia.

Consideremos ahora la situación de los modelos ecodesarrollistas. Recordemos que éstos se proponen conciliar objetivos de desarrollo con objetivos de conservación de la naturaleza, intentando ofrecer herramientas adecuadas para consensar un estilo de desarrollo que incluya, como parte de la satisfacción de las necesidades humanas, una mayor seguridad acerca de la

supervivencia de la humanidad, entendida como parte de un ecosistema global, la *biosfera*. En términos de la más reciente teoría ecológica, los seres humanos y sus sistemas socioculturales forman parte de los ecosistemas, contribuyen a su estructura y a su estabilidad, y ésta depende fundamentalmente de la diversidad de componentes y de una capacidad evolutiva que tiende a mayores niveles de complejidad estructural. La actividad humana en los ecosistemas, expresada fundamentalmente en las prácticas tecnológicas de gestión de los recursos naturales, es un aspecto crucial en los modelos ecodesarrollistas. He señalado antes que, también recientemente, la perspectiva ecodesarrollista se ha comenzado a interesar especialmente en las prácticas tradicionales de manejo de los recursos como componente para la formulación de modelos de ecodesarrollo.

Si cotejamos esta perspectiva con la situación en los Andes Centrales, nos encontramos con que la «línea andina» de investigación y desarrollo tecnológico forma parte de la estrategia adaptativa de sus poblaciones campesinas (Rabey 1988, 1989 a), que les ha permitido integrarse exitosamente en los ecosistemas montañosos, a través de un complejo conjunto de tecnologías apropiadas a la gestión de una gran gama de recursos propios de los diferentes ecosistemas de la región, como lo pone en evidencia mucha bibliografía reciente (Dollfus 1981, Merlon et al 1982, Claverías et al 1983, IICA/CIID 1983, Vreeland 1986). Esta adaptación, pese a los efectos disruptivos provocados por la conquista española y la subsecuente integración del mundo andino en sucesivas formaciones sociales complejas, se ha conservado en muchos de sus aspectos principales, como lo pone de relieve, entre otros muchos ejemplos, la persistencia de los patrones pastoriles trashumantes que, sobre la base de un ajustado conocimiento de las diferentes ofertas de recursos presentes en distintas ecozonas en cada estación del año, practica gran parte de las poblaciones de las punas alandinas (Castro L. et al 1982, García Fernández et al op, Rabey 1989 b). Más aún, la adaptación ecológica de la tecnología andina parece estar enriqueciéndose permanentemente con el aporte de la creatividad de los campesinos, a la cual ya he hecho referencia.

Se puede plantear entonces, que el estilo etnodesarrollista de los campesinos de los Andes Centrales es, simultáneamente, un estilo ecodesarrollista. También en este caso, el ecodesarrollo no es un modelo sino un estilo, que ha tenido vigencia durante milenios y que persiste en la actualidad. Intentar crear un «nuevo» modelo ecodesarrollista en la región es entonces un error, porque el modelo existe: sólo corresponde continuar perfeccionándolo.

CONCLUSIONES

En el presente artículo, he intentado plantear, desde una perspectiva antropológica, una discusión acerca de los principales estilos y modelos de desarrollo que se plantean alternativamente en la actualidad, confrontándolos con la situación en los Andes Centrales. Posiblemente, una confrontación de los estilos y modelos con la realidad de otras regiones del mundo pueda contribuir a la formulación de una perspectiva teórica más amplia, con mayor capacidad de explicación y aplicación, y que, simultáneamente permita una mejor formulación de los aportes que ofrece la antropología a la problemática del desarrollo.

Por ahora, y a partir de la discusión precedente, creo que es posible formular algunos planteos tentativos. En primer lugar, el estilo dominante, con sus subestilos y los llamados modelos alternativos de desarrollo, pueden ser concebidos como variantes de un único estilo, impulsado por el núcleo de instituciones dominantes de la civilización contemporánea, y que intenta generar nuevas alternativas como estrategia tendiente a conservar las características del sistema mundial, sin importantes cambios estructurales; en un trabajo anterior (Merlino y Rabey 1981) se había propuesto una explicación semejante para el campo, más restringido, de la aparición de «tecnologías alternativas» ante el modelo tecnológico hegemónico.

En segundo lugar, el etnodesarrollo no debiera seguir siendo concebido como un tipo de modelo, actitud que en realidad quizás refleje el intento de generar modelos alternativos dentro del modelo dominante que permitan conservar el control sobre los grupos étnicos, un papel sobre el cual ya ha llamado la atención Favre (1987). El etnodesarrollo es un tipo de estilo de desarrollo, que incluye a todos aquellos estilos de desarrollo generados por grupos étnicos. Más aún, quizás debiéramos incluir en este tipo de estilo, a los estilos implícitos en un gran número y variedad de estrategias populares de adaptación. Entonces, la expresión «etnodesarrollo» podría ser sustituida por «estilos populares de desarrollo», una idea que se relaciona con la propuesta por Galning, según la cual existe un tipo de desarrollo característico del Tercer Mundo.

En tercer lugar, el ecodesarrollo, del mismo modo que el etnodesarrollo o los estilos populares de desarrollo, debería dejar de ser visto exclusivamente como un tipo de modelos a diseñar, puesto que gran parte de los estilos populares, al menos de los basados étnicamente, de acuerdo al conocimiento ya disponible, se caracterizan por haber logrado sistemas racionales

de gestión de los recursos naturales; entonces, en una conceptualización más completa, el etnodesarrollo debería ser considerado como un tipo ecodesarrollista. Sin embargo, es interesante formular aquí una distinción: mientras que los estilos etnodesarrollistas suelen ser simultáneamente ecodesarrollistas, en las regiones del planeta donde esos estilos no existen, puede ser necesario diseñar y poner en práctica modelos ecodesarrollistas.

El conjunto de cuatro tipos de estilos-modelos que propone para el análisis al principio de este artículo queda entonces reducido a dos tipos de estilos y un tipo de modelo: los estilos dominantes -que incluyen la formulación de modelos alternativos de ajuste-, los estilos populares y los modelos ecodesarrollistas. Los estilos dominantes y sus modelos alternativos de ajuste, generados por la práctica de las instituciones hegemónicas, coexisten con estilos populares, algunos de ellos étnicos. Los modelos ecodesarrollistas deben ser diseñados y aplicados especialmente en áreas sin estilos étnicos; pero puede ser recomendable que donde existan estilos populares no étnicos -como en muchas regiones campesinas y urbanas de los «cuatro mundos»- se realice una cuidadosa investigación para establecer su grado de adecuación ecológica y que, en todos los casos, las poblaciones involucradas participen en el diseño de los modelos a aplicar.

Finalmente, es pertinente una reflexión sobre las articulaciones entre estilos y modelos. He sugerido que los estilos dominantes y populares coexisten y están articulados, intentando integrar uno al otro, con los subsiguientes conflictos y negociaciones. Es previsible que este rasgo estructural se mantenga y quizás se acentúe. En este campo, no sólo la acción de los antropólogos, sino la de los demás especialistas y otros actores sociales involucrados en la problemática del desarrollo se manifiesta como inevitablemente ideológica y política. Pero quizás, independientemente de las simpatías que podamos tener por determinada forma de hegemonismo o de proyecto popular, podríamos estar de acuerdo en contribuir solamente con aquellas perspectivas globales de desarrollo donde la diversidad de sistemas socioculturales pueda conservarse e incrementarse, una noción donde el humanismo y el respeto por las diferencias, propios de la mejor tradición antropológica -y que concuerdan con y apoyan a los emergentes movimientos etnicistas-, se encuentra tanto con la noción -propia de los estilos dominantes- de un sistema mundial viable, como con los planteos más recientes de la ecología y la discontinuidad de los alternativistas.

BIBLIOGRAFIA

- AMIN, SAMIR: *Accumulation on a World scale: a critique of the theory of underdevelopment*. New York: Monthly Review Press. 1974.
- ATTALI, J., C. CASTORIADIS, J. M. DOMENECH, P. MASSE, E. MORIN y OTROS: *El mito del desarrollo*. Barcelona: Kairós. Edición original: 1977. *Le mythe du développement*. París: Éditions du Seuil. 1979.
- BARTOLOME, LEOPOLDO: 1985.
- BARTOLOME, MIGUEL y S. ROBINSON: *Indigenismo, dialéctica y conciencia étnica*. *Journal de la Société des Américanistes*, 45, 1971.
- BASAGLIA, FRANCO: *L'instituzione negata. Raporto de un ospedale psichiatrico*. Torino: Giallo Einaudi. Traducción española: 1976. *La institución negada. Informe de un hospital psiquiátrico*. Buenos Aires: Corregidor. 1968.
- BASAGLIA, FRANCO y F. BASAGLIA ONGARO (Eds.): *Los crímenes de la paz*. México: Siglo XXI. 1977.
- BATISSE, MICHEL: La evolución y el enfoque del concepto de reserva de biosfera. *La naturaleza y sus recursos*, 22 (3): 1-10. 1986.
- BONFIL BATALLA, GUILLERMO: Del indigenismo de la Revolución a la antropología crítica. En G. Bonfil Batalla et al. *De eso que llaman antropología mexicana*: 39-65. México: Nuestro Tiempo. Reimpreso en A. Medina y C. García Mora (Eds.), 1983. *La quiebra política de la antropología social en México*: 79-107. México: Universidad Autónoma Nacional. 1970.
- CARSON, RACHEL: *Silent spring*. Traducción española: 1980. *Primavera silenciosa*. Barcelona: Grijalbo. 1968.
- CASTORIADIS, CORNELIUS: Reflexiones sobre el «desarrollo» y la «racionalidad». En J. Attali et al., 1979. *El mito del desarrollo*: 183-222. Barcelona: Kairós. 1979.
- CASTRO L., MILKA, C. VILLAGRAN y M. KALIN A.: Estudio etnobotánico en la precordillera y altiplano de los Andes del Norte de Chile. En A. Veloso y E. Bustos (Eds.), *El ambiente natural y las poblaciones humanas de los Andes del Norte Grande de Chile*. Montevideo: Oficina Regional de Ciencia y Técnica para América latina de la UNESCO.
- CAZES, DANIEL: Indigenismo en México: pasado y presente. *Historia y sociedad*, 5: 66-84. Reimpreso en A. Medina y C. García Mora (Eds.), 1983. *La quiebra política de la antropología social en México*: 79-107. México: Universidad Autónoma Nacional. 1966.
- CLAVERIAS, R., J. MANRIQUE, J. VILLAFUERTE, A. SLOMA y C. PRINS: *Tecnología andina y desarrollo regional*. Puno-Cusco: Instituto de investigaciones para el desarrollo social del Altiplano. 1983.
- DOLLFUS, OLIVIER: *El reto del espacio andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos. 1981.
- ERASMUS, CHARLES: *Man takes control: cultural development and American aid*. Minneapolis: University of Minnesota Press. 1961.
- FAVRE, HENRI: El Estado y el campesinado en Mesoamérica y los Andes. En Susana Glantz (Ed.), *La heterodoxia recuperada. En torno a Angel Palerm*. México: Fondo de Cultura Económica. 1987.
- FOSTER, GEORGES: *Traditional societies and technological change*. New York: Harper & Row. Traducción española: 1980 (1964). *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. 1973 (1962).
- FRANK, ANDRÉ G.: *Capitalism and underdevelopment in Latin America*. London: Penguin. 1974.
- GALLOPIN, GILBERTO: *Planning methods and the human environment*. UNESCO: Socio-economic studies, 4. 1981.
- GALLOPIN, GILBERTO: *Planning methods and the human environment*. UNESCO: Socio-economic studies, 4. 1981.
- GALTUNG, JOHAN: *But et processus du développement: une voie intégrée*. *Economies et sociétés*, 17 (2): 335-363. EP.
- GARCIA FERNANDEZ, JUAN J., R. TECCHI y M. A. RABEY: *La ganadería de llamas en el altiplano jujeño*.

Ambiente y desarrollo. EP.

GOFFMAN, ERVING: *Asylums. Essays on the social situation of mental patients and other inmates*. Berkeley: University of Berkeley Press. Traducción española: 1970, *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Buenos Aires: Amorrortu. 1961.

IICA/CIID: *Evolución y tecnología de la agricultura andina*. Cuzco: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. OEA. 1983.

KAHN, HERMANN Y A. WIENER: *El año 2000*. Madrid: La Revista de Occidente. 1967.

KNELLER, GEORGE F.: *Educational anthropology: an introduction*. Traducción española: 1974, *Introducción a la antropología educacional*. Buenos Aires: Paidós. 1965.

KONRAD, H. W.: *Etnocentrismo tecnológico versus sentido común*. *América Indígena*, 40 (3): 527-547. 1980.

LOMNITZ, LARISSA: *La antropología y el desarrollo latinoamericano*. *América Indígena*, 43 (2): 247-260. 1983.

MEAD, MARGARET: *Male and female*. New York: Morrow. Traducción española: 1976, *Macho y hembra*. Buenos Aires: Alfa Argentina. 1948.

MEADOWS, DONELLA, D. L. MEADOWS, J. RANDERS Y W. W. BEHRENS: *The limits to growth*. London: Potomac. Traducción española: 1972, *Los límites del crecimiento*. México: Fondo de Cultura económica. 1972.

MERLINO, RODOLFO Y M. A. RABEY: *Antropología aplicada a la investigación y desarrollo de tecnología apropiada*. Publicaciones, Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba, 12: 47-70. 1981.

MESAROVIC, MIHAJLO Y E. PESTEL: *Mankind and the turning point*. Traducción española: 1975, *La humanidad en la encrucijada*. México: Fondo de Cultura Económica. 1974.

MORLON, P., B. ORLOVE Y A. HIBON: *Tecnologías agrícolas en los Andes Centrales: perspectivas para el desarrollo*. Lima: Corporación Financiera de Desarrollo. 1982.

RABEY, MARIO A.: *Tecnologías tradicionales y tecnología occidental: un enfoque ecodesarrollista*. *Revista de economía del CERIDE*, 8: 98-119. 1987.

RABEY, MARIO A.: *Creatividad tecnológica entre los campesinos del sur de los Andes Centrales*. *Cuadernos de Antropología Social, UBA*, 1 (1): 127-136. 1988.

RABEY, MARIO A.: *Technological continuity and change among the Andean peasants: opposition between local and global strategies*. En Sander van der Lecuw & Robin Torrence (Eds.), *What's New? A closer look at the process of innovation*: 167-181. London: Unwin Hyman. 1989 a.

RABEY, MARIO A.: *Are llamas herders in the south central Andes true pastoralists?* En Juliet Clutton-Brock (Ed.), *The walking herder. Patterns of domestication, pastoralism and predation*: 269-276. London: Unwin Hyman. 1989 b.

RABEY, MARIO A.: *Una nueva perspectiva en antropología aplicada: generación de tecnología apropiada en los Andes jujueños*. *Publicaciones de EIDEA*, 4. 1990.

RABEY, MARIO A. Y D. GONZALEZ: *Desarrollo, tecnología apropiada y comunidad local: un proyecto piloto en el altiplano andino*. Publicaciones, Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba, 40: 67-103.

RABEY, MARIO A., R. J. MERLINO Y D. GONZALEZ: *Traque, articulación económica y racionalidad campesina en el sur de los Andes centrales*. *Revista Andina*, 7: 131-160. 1986.

ROTONDARO, RODOLFO Y M. A. RABEY: *Techos de tierra mejorados: un experimento tecnológico en la puma jujueña (parte I)*. *Arquitectura y construcción*, 42: 18-21. 1985.

ROTONDARO, RODOLFO Y M. A. RABEY: *Id. (parte II)*. *Arquitectura y construcción*, 43: 29-31. 1986 a.

ROTONDARO, RODOLFO Y M. A. RABEY: *Id. (parte III)*. *Arquitectura y construcción*, 44: 28-30. 1986 b.

ROTONDARO, RODOLFO Y M. A. RABEY: *Id. (parte IV)*, *arquitectura y construcción*, 46: 18-21. 1986 c.

ROSTOW, WALT W.: *The stages of economic growth*. New York: W. W. Norton & Co. Traducción española: *Las etapas del crecimiento económico*. México: Fondo de Cultura Económica. 1952.

- ROSZAK, THEODORE: *The making of a Counter-Culture: reflections on the technocratic society and its youthful opposition*. London: Faber & Faber. 1970.
- SACHS, IGNACY: *ambiente y estilos de desarrollo*. *comercio Exterior*, 24(4). Reimpreso en I. Sachs, 1982, *Ecodesarrollo, desarrollo sin destrucción*. México: El Colegio de México. 1974.
- SACHS, IGNACY: *Medio ambiente y desarrollo*. *Socialismo y participación*, 6. Reimpreso en I. Sachs, op. cit.: 95-132. 1977.
- TECCHI, RODOLFO, M. G. BIANCHINI, M. A. RABEY y ROTONDARO: *Asentamiento agrícola en el límite superior del cultivo en los Andes Centrales argentinos*. *Comechingonia*, 6: 21-28. 1968.
- UNESCO: *Novena Reunión del Consejo internacional de Coordinación del Programa sobre el Hombre y la Biosfera*. Informe final. *Informes MAB*, 60. 1987.
- VREELAND, JAMES M.: *Una perspectiva antropológica de la paleotecnología en el desarrollo agrario del norte del Perú*. *América Indígena*, 46(2): 275-318. 1986.
- WORSLEY, PETER: *The Third World: a vital new force in international affairs*. London: Weidenfeld & Nicholson. 1964.